

El hombre que supo escuchar

ALFREDO MOLANO BRAVO, 1944-2019

-Pág. 04-

Explicar el conflicto para terminarlo

Por Rodrigo Pardo

-Pág. 05-

El campesinado fue su bandera

Por Marcela Rosero

-Pág. 06-

Molano en la Comisión de la Verdad

Por Marta Ruiz

-Pág. 07-**Allá en la**

perraperdía

Por Mario Jursich

02 Alfredo Molano Bravo 1944-2019 Homenaje 03

De Trochas y fusiles

Limpios y comunes

Por Alfredo Molano Bravo

Este es un fragmento del segundo capítulo del libro Trochas y fusiles (1994) de Alfredo Molano. Agradecemos a la editorial Penguin Random House la posibilidad de publicarlo en esta revista.

La violencia no le dio tregua ni a él [Ma-

Los Marín

nuel Marulanda] ni a ninguno de nosotros. Se echó a oír de muertos en la zona. Que en la vereda tal amanecieron unos apuñalados, que mataron a fulano en tal sitio, a mengano en tal otro, que incendiaron no sé qué casa. Hasta que los muertos llegaron a El Dovio. Un domingo como a eso de las once de la mañana, cuando la plaza de mercado hervía, se oyeron vivas al partido liberal y en seguida, como si se hubieran puesto de acuerdo, vivas al partido conservador. Vivas a Gaitán y vivas a Laureano, vivas a López y vivas a Mariano, un contrapunteo peligroso, más peligroso aún por el calor que estaba haciendo aquel día. Sin saber cómo, comenzaron a volear panela los que tenían panela, botellas los que vendían cerveza, yuca y plátano los que negociaban con bastimento. Una batalla campal. Al final de la fiesta quedaron cuatro muertos y doce heridos, todos a cuchillo. Al día siguiente comenzaron los rumores de que Lamparilla y Pájaro Azul iban a tomarse el pueblo. Pedro [Marulanda] se fue saliendo porque su idea era ron El Dovio. hacer moneda y porque además habían matado a su tío José.

Salió con muchos liberales que también huían de la policía y de los pájaros. El Águila, municipio del Valle, se convirtió en el terror porque de allí salían los pájaros más acérrimos, más sectarios y más asesinos. Se sabía que los pájaros eran conservadores, pero no sabíamos que eran pagados por el gobierno, aunque todo el mundo lo sospechaba. De El Dovio sa-ranjal. Los muertos se iban sumando y lió para Betania, trabajando todavía con la idea de montar un negocio. Allí lle- Lamparilla, que había sido liberal y se misma ilusión y, claro está, llegaban a la el primero que se oyó mentar; des- abajo, venían engarzados y no podían mismo tiempo para que la carne salga misma parte.

Cada cual tenía su placa, como los carros, y en ella escritos su especialidad y el número de finados que cargaba en los dedos.

De Betania salió Pedro huyendo también, con una procesión larguísima. Los caminos entre La Primavera y Roldanillo, entre El Dovio y Roldanillo, entre El Naranjal y La Primavera, se llenaron de perseguidos. Gente con sus cuatro chinos v sus dos gallinas; otros escoteros, porque no habían tenido tiempo de sacar ni a la mujer. A Roldanillo llegó todo ese mundo de familias empujadas por el miedo. Lo que a la gente le dolía era que las autoridades tenían las manos untadas con esa sangre que se comenzaba a regar.

En Roldanillo los esperaba la gran los muertos de tal parte, que los de tal sorpresa. Miles de familias durmienotra, que por aquí, que por allí. En fin, el do en la plaza, en los corredores, en el atrio de la iglesia. Cocinando en cualquier fogón, guareciéndose con cualvez porque vio que todo andaba igual o quier hule. Todos pidiendo al gobierno por eso que siempre le pasa a uno: que una solución, una intervención en contra de los bandidos. La gente necesitaba volver a sus fincas porque muchos habían do—, a uno no le pueden hacer nada, ni dejado sus hijos y su mujer, sus maridos, y las cosechas y los animales, y finalmente la tierra. Todo abandonado a la buena de Dios, o de los conservadores, que a veces desconfiaba de nadie y menos de las auto- parecía lo mismo de tanto poder que tenían. Todo mundo quería volver. El alcalde de Roldanillo citó a una reunión y

Marulanda comentó después que descosa era oficial, no eran especies que co-

T n domingo, como a las nueve de la mañana, después de una noche en que llovió hasta el mundo de enfrente, se presentaron unos campesi-

luego Pájaro Verde y el Veinticinco, lado de Tuluá. Cuando se calmaron nos el Sesenta y Nueve, el Treinta y Dos. contaron que había habido una masacre en el puente de San Rafael, sobre el río Tuluá, en la bodega de los Arias; que los muertos eran más de veinte y que seguían matando al que llegara, porque lo que habían instalado los señores conservadores era un matadero de liberales. Los Arias eran unos comerciantes liberales muy poderosos que tenían unas bodegas al lado del puente y que compraban todas las cosechas de ese sector: café, plátano, vuca, maíz, frijol, panela. Ellos eran los grandes compradores y vendían al fiado todo lo que los campesinos necesitaban. Eran tan fuertes que competían con los comerciantes de Ceilán. El punto era llegadero de personal de toda esa región. Los domingos se reunían ahí los quinientos, los mil campesinos.

> Los pájaros —y ya a esas alturas se contaba entre ellos a la policía, a los guardias de rentas, a los soldados del batallón, a los detectives, al personal de la alcaldía, al alcalde y a todos los conservadores, buenos

"De las esquinas del

y malos— habían llegado hacia las tres puente, en las bodegas y en los caminos que ahí se encontraban. A las cinco, cuando comenzaron a llegar los campesinos, los fueron reuniendo frente a la bodega. A las siete ya había más de veinte. Los asesinaron a bala y machete. Comenzaron por los señores Arias. Primero los mataban y luego les cortaban la lengua, o las güevas, un dedo o una oreja. Los asesinos hicieron un cerro con marcas personales para poder cobrar, porque todos esos trabajos eran pagos.

De Ceilán se mandó una comisión a investigar. Ahí iba Marulanda. No pudieron llegar porque hacia arriba subían los godos «mermando la diferencia», como ellos mismos decían. En realidad, en esos sectores no necesitan preguntar quién era liberal; podían disparar a lo que se moviera. En el puente, hacia las once, hicieron otra matazón de todo el personal que llegaba a remesar. Eran tandas como en los mataderos pués fueron Pájaro Azul y el Vampiro, hablar sino por señas. Señalaban para el siempre fresca. El río Tuluá duró varios

días corriendo rojo y desde Ceilán vieso los godos se pudieron meter a Ceilán. No había quién les ladrara.

Las noticias que la comisión trajo nos pusieron a temblar y a llorar por adelantado. El terror subía en masa por vez de cincuenta, nos contamos quinientos. Todos decididos a pelear. Las había ni ruidos. Todos esperando, mirando por entre las rendijas de la plaza o del potrero a ver por dónde llegaba la pajaramenta. Pasaba el tiempo y esos malparidos no se hacían presentes.

Una mañana apareció una avioneta botando hojas volantes. El gobierno anunciaba que iba a arreglar el problema, que había ordenado una investigación sobre lo ocurrido en el puente de San Rafael, que las fuerzas armadas y la policía mantenían el control del orden público y que se confiaba en nuestra comprensión y apoyo. La gente, desconfiada al principio, terminó por creerle al gobierno. Tenía miedo. Era muy débil y siempre había respetado la autoridad. Salió de las trincheras, se acomodó de nuevo en sus casas, bajó la guardia y se acostó a dormir sobre la palabra del gobierno. Muchos bajaron al puente de San Rafael: los perros seguían peleando con los gallinazos.

una tarde se desató semejante aguacero de rrado mucha sangre. *

bala. De las esquinas del pueblo, del atrio mos los chulos revolotear una semana y de la torre, del techo de la alcaldía, de entera. Los perros, todos, cogieron ca- todos lados salía plomo, y siguió salienmino para el puente de San Rafael. Por do toda la noche. Los vecinos corrían de un lado para el otro, la guardia cívica hizo ochenta disparos, contados, porque era el parque que había. La gente salió corriendo para afuera, a esconderse en el monte. Salían mujeres, unas con zapatos, otras sin esos caminos. Redoblamos la organiza- zapatos, unas con niños y otras con mación y las comisiones de vigilancia. En rido. Mejor dicho, hasta los tullidos corrían. A las dos de la mañana el pueblo era una sola llama, desde la plaza hasta el cenoches pasaban en vela y en el día no menterio. A las cinco llegaron seis camiones y cargaron con todo lo que servía.

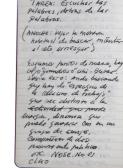
> Marulanda salió también para el monte y se estuvo por allá guarecido un tiempo. Decía que si a él lo cogían los godos, calculadamente lo salían matando. Pero nunca a nadie le quiso decir qué era lo que había hecho esa noche. Él en eso era muy delicado.

Pasó un buen tiempo en que nadie volvió a saber de Pedro [Marulanda]. Sabíamos que no lo habían matado porque el tío Manuel se veía contento y confiado. Después supimos que él lo alimentaba y le llevaba orientación. Ya en esas Marulanda había hecho promesa de levantarse en armas porque, según el tío, la dirección liberal preparaba, con ayuda de varios generales, un golpe de Estado para no dejar posesionar a Laureano Gómez. Él confió en ese cuento. El golpe, tal como estaba planeado, sí lo dieron, pero al final del gobierno Cuando todo había vuelto a calmarse, y no al comienzo. Nos hubieran aho-



Más dudas que certezas

LA GENTE SUELE pensar que ser hijo de Alfredo Molano obliga a ser un experto en su obra, que lo lógico es que uno sepa la historia detrás de cada párrafo y la razón de cada punto y coma. En alguna ocasión, atafagado por las preguntas de los curiosos, me prometí que mientras él viviera dedicaría mi tiempo y energía a mirarlo, a acompañarlo, a gozármelo. Apenas he leído cinco o seis de sus veintisiete libros. Entre otras porque veía su impaciencia cuando algún insaciable lector hurgaba sobre pasajes de sus escritos, o cuando lanzaban interpretaciones descabelladas. En más de una ocasión, ante el impulso de leerlo para preguntarle sobre cómo había sido tal o cual pasaje, construí el mantra/calmante de que lo que me correspondía en ese momento era disfrutar su vida, preguntarle de historia, de geografía, por un árbol o algún olor, porque para leerlo tendría el resto de mi vida. Y como el destino es chambón, como él mismo diría, hoy siento el impulso doloroso de querer preguntarle cómo fue que escribió la historia de Marulanda, si fue solo a partir de sus relatos, de los de varias personas, o en qué época le contó su historia. Preguntas, tantas preguntas que quisiera hacerle y que tendré que responderme en adelante intuyendo sus pasos.



Páginas internas de una de las últimas libretas que Alfredo Molano Bravo usó para trabajar.

Por Alfredo Molano Jimeno

Alfredo es historiador y periodista político del diario El Espectador.

te. No, eso era imposible. dijo que el que quisiera volver podía volver Al poco tiempo el anuncio se hizo verdad. Llegó Lamparilla con Pájaro siempre y cuando firmara un certificado Azul a Betania, acompañado de varios en el que renunciaba —como Lamparitipos mal encarados y bien armados. Ve- lla— a su cuna liberal y se comprometía nían borrachos, con las bandoleras llenas a votar por el partido conservador. Era de parque, montados en buenas bestias. una verdadera cédula, un salvoconduc-Echaban tiros y vivas al partido con- to: quien no lo tuviera era liberal, y a los servador y a Laureano. Serían veinte o liberales se les quebraba sin preguntarles de la madrugada. Se puestearon en el treinta. La gente comenzó a preguntarse quiénes eran. El papelito resultaba requipor la policía y llamaron al gobernador sito para volver por la familia v sin tenerlo para ponerle de presente lo que pasaba. en el bolsillo no se podía trabajar la tie-El gobernador mandó arrestar a Lam- rra. Era todo: título de propiedad, reparilla y a Pájaro Azul, pero dos horas comendación, seguro de vida. Muchos, después el alcalde de El Dovio los hizo pero muchos, tuvieron que firmar, o mesoltar y los tipos siguieron la juerga. A la jor, poner su huella. salida se trastiaron a los seis policías que había en la cárcel y con ellos se toma- de ese día dejó de creer en la policía y en las autoridades. Lamparilla dejó de ser Después llegaron a Betania y luego un bandido para convertirse en un fun-

a El Dovio trescientos jinetes arma- cionario público. Así comenzaba uno a dos que asesinaron más de cien perso- enterarse de que algo grave estaba pasannas. Nunca se sabía cuántos liberales do, algo que nunca había pasado antes. La caían. Quemaron y saquearon todo el comercio. Policía no había en nin- rrieran. El rompecabezas comenzó a arguno de los dos pueblos porque esta- marse, y la gente también. ban de a caballo obedeciendo órdenes de Lamparilla. A los pocos días cayeron también sobre La Tulia y El Nalos nombres de los bandidos también. gó mucha gente, porque todos tenían la volvió el peor enemigo nuestro, fue nos sin resuello. Temblaban de arriba de los pueblos grandes, que no matan al

En Betania corrían muchas espe-

cies: que los godos, que la policía, que

mismo disco con la misma sangre. Pedro,

seguro, decidió quedarse en Betania. Tal

piensa que porque uno está trabajando

honradamente —como le han enseña-

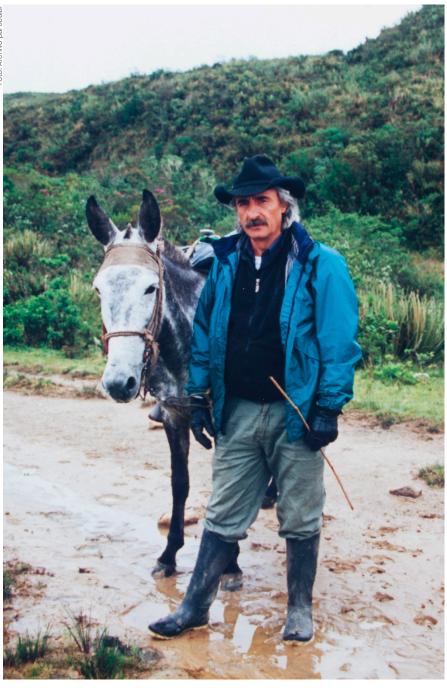
nadie lo puede atropellar, ni nadie lo pue-

de asesinar. Nosotros recibimos esa edu-

cación sana, en el trabajo, y pues uno no

ridades, del señor alcalde, del señor agen-

pueblo, del atrio y de la torre, del techo de la alcaldía, de todos lados salía plomo, y siguió saliendo toda la noche"



Sus permanentes recorridos por el campo lo convirtieron en una especie de vocerode las realidades

Historiador, sociólogo y periodista

Explicar el conflicto para terminarlo

Las grandes historias de Alfredo Molano no fueron los relatos citadinos que atrajeron a sus colegas de la academia, ni el destino de los líderes más poderosos. Lo único que le interesó fueron las vidas de la gente del común.

Por Rodrigo Pardo

Director editorial de la revista Semana

l aporte de Alfredo Molano Bravo a Colombia fue muy valioso: le ayudó a conocerse a sí misma. El país violento de la segunda parte del siglo XX, el del comienzo del XXI, la mentalidad de los colombianos y las características del país rural -tan desconocido en su contraparte urbanahan desfilado por las aulas universitarias y por las principales bibliotecas de la mano de sus escritos. En la obra de Molano, que es extensa, pueden reconocerse tres autores -el historiador, el sociólogo y el periodista-, que se complementan y forman parte de una visión integral que reúne todos los campos en los que innovó y ejerció un reconocido liderazgo. Ese Molano completo fue quien, en distintas épocas y diversos géneros, hizo una contribución fundamental a la construcción de una visión profunda de la realidad nacional.

Molano, entonces, fue un innovador. Fue un historiador que dejó el lenguaje adornado y formal que casi siempre había caracterizado a sus antecesores. Sus relatos sobre La Violencia son de fácil lectura. Algunos parecen de ficción, pero en realidad son una explicación detallada de los móviles que condujeron a los enfrentamientos entre liberales y conservadores. Y todos comparten una característica que acompañó al autor a lo largo de su vida: una sensibilidad especial por lo rural. Sus permanentes recorridos por el campo lo convirtieron en una especie de vocero de las realidades del territorio que no habían sido objeto de gran interés en las capitales. A Molano lo fascinó siempre la historia del "otro" país: el campo, los campesinos e, inevitablemente, la violencia. Las grandes historias de las que se ocupó no fueron los relatos citadinos que atrajeron siempre a sus colegas de la academia, ni el destino de los líderes más poderosos. Se sentía más a gusto con las historias de la gente común.

El segundo Molano fue el sociólogo. El autor riguroso y profundo, que conoció a fondo la realidad nacional y la difundió en sus clases y textos. El profesor que pasó por las principales aulas de Colombia y de otros países -sobre todo de Franciaen busca de mejores conocimientos en sus disciplinas académicas. Como académico no renunció a imitar estilos de otros colegas; tampoco a encontrar un camino propio para analizar los hechos y construir sus relatos. Por su labor en ese campo, en 2014 recibió un doctorado honoris causa en la Universidad Nacional de Colombia.

Y hubo un tercer Molano: el periodista. En 2016 recibió el Premio Simón Bolívar a la vida y obra, el reconocimiento más importante al oficio en Colombia. Su trabajo fue amplio y profundo. En especial, se destacó como cronista y como columnista por sus textos dominicales publicados en El Espectador. El Molano columnista fue un complemento al que se movió por los campos de la sociología y la historia, que le apuntó, sin embargo, siempre a los mismos objetivos: a que la sociedad colombiana pudiera conocer mejor su propia realidad y a transmitir un

> "A Molano lo fascinó siempre la historia del 'otro' país: el campo, los campesinos e, inevitablemente. la violencia"

mensaje sobre la necesidad -y la posibilidad- de terminar el conflicto armado y reemplazarlo por la política.

En ejercicio de su profesión, siempre estuvo cerca de los procesos de diálogo y negociación entre grupos armados y diversos Gobiernos. Molano fue un entusiasta partidario de buscar la paz mediante el diálogo, y su aporte a un mejor entendimiento de estos fenómenos se dio por medio de una característica propia v determinante de su trabajo: su familiaridad con el país rural y, a la vez, su conocimiento académico sobre la realidad nacional. También fue un valiente estudiante del paramilitarismo y sus tenebrosos avances en los Llanos Orientales.

Como innovador, académico y periodista, Molano conoció a fondo el país rural de una forma que no hace la mayoría de sus colegas. Y perteneció a esa escuela de académicos que no considera su trabajo una simple forma de reconstruir el pasado o narrar lo sucedido. Molano vio en lo que hacía un motor para conducir a la sociedad hacia objetivos deseables; en especial, hacia la búsqueda de la paz y el fin de la lucha armada. Este fue, en últimas, el fin que persiguió hasta su muerte.

En su última etapa, Molano entró a formar parte de la Comisión de la Verdad, creada a raíz de los acuerdos de paz firmados entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc, y allí estaba a cargo de zonas por las que había caminado exhaustivamente en sus tareas de investigación y reportería. El pasado 31 de octubre murió de un paro cardiaco y dejó cerca de treinta obras, en su gran mayoría sobre la guerra y la paz en el país, además de columnas y el trabajo que había iniciado en la Comisión. Molano conoció a fondo las realidades del país rural, de los grupos armados y de las situaciones de conflicto, porque consideraba que era indispensable para lograr su objetivo final: explicar el fondo del conflicto para estimular su terminación. A eso le dedicó su vida: a explicar que la guerra no tiene sentido. x

Territorios y comunidades

El campesinado fue su bandera

Hay personas que ven en las regiones de Colombia una imagen idílica, porque desconocen los conflictos que las recorren. Alfredo Molano contó esos conflictos. Una líder social habla de su relación con el escritor en su último año de vida.

Testimonio de Marcela Rosero

Integrante del Proceso Campesino y Popular del municipio de La Vega, que forma parte del Proceso de Unidad Popular del Suroccidente Colombiano y del movimiento Marcha Patriótica. Entrevista y edición de Jeanneth Valdivieso, de La Liga Contra el Silencio.

comienzos de diciembre de 2018, Alfredo Molano visitó por última vez La Vega, en el sur del Cauca. Hizo detener el carro para que le tomaran una foto. Estaba contentísimo. Ahí estaba la piedra, que por un lado decía: "Usted está en la Zona de Reserva Campesina del Macizo colombiano". Por el otro, decía: "Que fluya el agua, que florezca la vida. No a la minería". Le tomé una foto, y con su celular pidió que nos tomaran otra a los tres: a él, a Óscar (Salazar, líder campesino de La Vega) y a mí. Después una más a los dos.

A veces, con personas como él... la gente lee mucho sobre ellos y los ven como personajes encumbrados. Como nunca había leído sobre él, ni sus libros, cuando lo conocí el tipo de relación que entablamos fue más bien de amistad. Fue un cómplice con quien compartíamos historias de lo que se vivía en el Cauca, de las luchas del campesinado por resistir al despojo y de la exclusión histórica que lo mantiene en una situación de violencia.

Nos conocimos en 2011. Estábamos en La Vega en unas asambleas comunitarias para expulsar a unos mineros que habían llegado de Antioquia, el Urabá, Caucasia y Puerto Berrío. Después salimos de La Vega a Popayán. Al otro día me llamó Óscar para pedirme que nos regresáramos a La Vega, que venía un periodista con una amiga. Era él. En el camino a La Vega, que son como cinco horas porque en ese tiempo la carretera era toda destapada, fuimos contándole la historia de la violencia en el Cauca.

Esa vez hizo un reportaje sobre el macizo colombiano y la problemática minera en La Vega y un municipio que queda al lado que se llama La Sierra. Él no grababa. Anotaba mucho en una de esas libreticas pequeñitas con las que siempre andaba. Les preguntó muchas cosas ahí a varios compañeros y compañeras sobre cómo habían entrado a La Vega la Anglogold Ashanti y la empresa Carboandes. Después fui con él hasta un río que se llama

el Esmita a mirar cómo lo habían desviado por el montaje minero.

El macizo es una región famosa por la riqueza hídrica y la diversidad biológica y cultural, de las que muchos han escuchado hablar, pero que pocos realmente conocen. Se ve el macizo como algo idílico, pero se desconocen los conflictos que ahí se viven. Alfredo contó esos conflictos.

Siempre estaba muy pendiente de lo que pasaba acá. Cuando estábamos conformando el comité para la consulta popular de iniciativa ciudadana contra la minería, él había escuchado que habían matado a una lideresa. Me llamó antes de la seis de la mañana. Me preguntó qué había pasado. Le dije que a una señora la habían matado y que después de matarla le arrancaron el ostro. Estaba horrorizado. Me dijo: "¿Qué más pasó?". Le respondí: "Nos amenazaron. Nos declararon objetivo militar". Ahí me dijo: "Escuche bien lo que le voy a decir: levántese, báñese la cara bien, tome tinto y póngase a escribir ya. ¿Me escuchó?". Me dio dos horas para escribir lo que había pasado y usó eso para un artículo que publicó en El Espectador, que se llama "Para ver florecer la tierra".

Siempre me estaba preguntando cómo estaba la situación acá, y yo le contaba. Le contaba cómo estaba la minga, sobre la cantidad de asesinatos de líderes, sobre el asedio que había otra vez de las grandes empresas mineras y de los que se hacían pasar por pequeños mineros. Le contaba las acciones de control territorial que se hacía para sacarlos.

La última vez que fuimos a La Vega nos tocó dar la vuelta por donde en 1991 ocurrió la masacre de Los Uvos [perpetrada por militares; murieron diecisiete personas, incluidos líderes del Movimiento Comunal e Indígena]. Él referenciaba lo de la masacre, pero no conocía y paramos ahí. Él sabía muchas cosas del Cauca; era como compartir cosas. Ese viaje él se lo disfrutó mucho. Todo el tiempo fuimos cruzando las



Alfredo Molano junto a los líderes campesinos Óscar Salazar y Marcela Rosero

montañas; vio cómo las nubes se levantaban y cómo fue amaneciendo. Iba fascinado.

Su afán era que se hiciese un trabajo articulado desde la Comisión de la Verdad, sobre todo con la Mesa Campesina Cauca, que es la que ha abanderado el reconocimiento del campesinado. En la última minga del suroccidente, que era indígena y campesina, logramos la inclusión en el Plan de Desarrollo del artículo 253, que es para la construcción de la política pública para el campesinado, para el reconocimiento de la igualdad material y el campesinado como sujeto de protección especial constitucional. Él me decía que había muchos avances que sacar desde la parte jurídica y decía que necesitaba que escribiéramos. Sentía que no se estaba construyendo una verdad sobre lo que había padecido el campesinado en Colombia, y sobre todo en esta zona del suroccidente.

Aparentemente era un tipo serio, pero se reía mucho con nosotros. Óscar todo el tiempo le echaba cuentos o le contaba todo con anécdotas y dichos. Eso le gustaba mucho. Uno a veces pensaba que estaba cansado, agotado, a ratos como ausente, pero tenía un ojo... Uno le decía tres palabras, y él ya tenía una pregunta. Lo leía a uno con agudeza.

La última vez que fui a Bogotá me dijo que quería contar la historia de la violencia del suroccidente por medio de la vida de Óscar. Decía: "Es un tipo excepcional, cuenta las cosas de una manera...". Estaba haciendo un relato para la Comisión de la Verdad, y quería hacerlo a través de la vida de Óscar como un campesino, maestro, luchador de los derechos del campesinado y los sectores populares del suroccidente, porque Óscar ha sido un dirigente desde

hace muchos años. Alfredo encontraba mucha riqueza en el lenguaje de Óscar, y lo entrevistó. Ahí sí grabó. Fueron dos días seguidos de conversaciones. Fue allá en una casa en el campo de la familia de Óscar, en lo alto de la montaña. Queríamos un lugar donde estar tranquilos y también sentir, hablar desde un lugar así.

El pasado agosto me dijo que quería continuar la entrevista con Óscar y que quería llevar a la nieta para que conociera el macizo. Fuimos postergando y postergando la fecha. El relato con Óscar quedó pendiente. Luego me dijo que hiciéramos unos encuentros regionales sobre el campesinado para la Comisión de la Verdad y que fuera en el suroccidente, en La Vega. Estábamos en esas y el 17 de agosto nos hicieron un atentado. Se lo hicieron a Óscar, y yo venía con él. Al otro día Alfredo se enteró, me llamó y me preguntó cómo estaba. Le dije que bien. Como que había cosas que no le podía decir, pero él las entendía. Me dijo que lo del encuentro seguía firme. Yo le dije que sería un buen espaldarazo.

Esa mañana que me enteré de que había muerto, le dije a Óscar que yo sentía que con él se nos iban las esperanzas sobre muchas cosas que habíamos pensado para lo del campesinado. A veces la gente dice que hay personas que no son tan indispensables y que lo importante es seguir haciendo el trabajo, pero yo siento, con franqueza, que en la Comisión de la Verdad, por ejemplo, no hay una persona con el interés que él tenía por el campesinado y, sobre todo, que contara las cosas así como él las contaba.

Creo que se fue muy temprano. No era el momento para irse. x

El hombre que sabía escuchar

Fue directora de Verdad Abierta y editora de paz y conflicto armado de la revista Semana. Hoy es una de los once comisionados de la Comisión de la Verdad.

inconmensurable. Allá había enconhumano sereno y evolucionado espiritualmente, y el intelectual orgánico, consciente de su papel en la historia. Como persona, además, reunía condiciones excepcionales para cumplir la tarea encomendada a los comisionados: escuchar, comprender, ex- baiamos juntos. Molano insistió en plicar, dialogar, reconocer, ayudar a transformar a un país, cuvas heridas supuran dolor y rabia.

Siempre admiré su capacidad de asombro. Llevaba casi dos años recorriendo las trochas de la Colombia olvidada: el Caguán, el Yarí, Guavia- eran los mismos recorridos de la guere y Meta. Aunque eran las mismas rra, a lo largo de las cuencas de los travesías en que había encontrado las historias que narró a lo largo de su vida, las trasegaba entonces en bús- no tener historia y que son, finalmenqueda de una verdad nueva que presentía aún silenciada. Viajaba con la curiosidad de quien lo hace por primera vez, escuchando de manera limpia, sin prejuicios, casi sin preguntas; deiando que el relato del campesino. del colono, del exguerrillero, del exparamilitar o del líder social fluvera libremente y lo impregnara.

Aprendimos de él que la escucha es el primer acto de dignificación del otro. Escuchar, esa escasa virtud que Molano había cultivado cada día. De todos en la Comisión de la Verdad. Molano era el más silencioso. Oía de manera atenta, con la mirada fija en el otro, con ojos centelleantes, tranquilo, así los argumentos le parecieran absurdos o geniales. Luego soltaba un par de frases tipo haiku; aforismos que podían darle un vuelco a la conversación.

Molano sabía dónde reposa la verdad. Desde el primer día dijo que cada uno de nosotros debía ir al país a escuchar a las víctimas. Escucharlas con la piel y el corazón. Escucharlas para ir descifrando en el testimonio en las vidas de ellas, esa verdad que se nos escapa de las manos; la verdad profunda que reside en el dolor y la culpa, en el miedo y la venganza, en la derrota y la capacidad de levantarse una y otra vez.

No, para Molano el trabajo de la Comisión no era una investigación

EL VACÍO QUE deja Alfredo Mo- científica ni sociológica para recopilano en la Comisión de la Verdad es lar datos que den cuenta de una nueva teoría de la violencia. Él estaba bustrado la síntesis perfecta entre el ser cando algo más insondable: una verdad humana, la historia que se escribe con el alma, sin eufemismos. Para él la historia era de algún modo la historia del pueblo, con todo lo que esa

palabra encarna.

A lo largo de los meses en que trados pilares sencillos para la construcción de un relato de nación: tiempo y espacio. Ahondar en el pasado y compenetrarse con el territorio. Su oficina estaba llena de mapas en los que solía trazar la ruta de sus viajes, que ríos. Buscaba a los sobrevivientes, a los testigos mudos, a los que parecen te, los hacedores de la historia.

También nos dejó un documento extenso en que proponía una periodización del conflicto armado, que hunde sus raíces en las primeras décadas del siglo XX y llega hasta la actual esperanza de paz que aún mantenemos viva. Siempre se preocupó de que la Comisión pudiera entender las rupturas y continuidades de la violencia; de que no se olvidaran los bombardeos que se dieron en los albores del Frente Nacional. Quería entender dónde, cuándo, cómo y por qué comenzó todo. Como Ulises en su viaje a Ítaca, Molano se había amarrado al mástil de la verdad.

En una de las últimas reuniones que tuvimos dijo: "Como estoy en tiempos de fantasmas que acechan, tengo tres con respecto al informe que debe presentar la Comisión: que el presente se coma la mirada histórica; que la voz oficial se trague el relato; y que lo cuantitativo se devore lo cualitativo".

Alfredo temía que los cantos de sirena de la corrección política, de la vanidad intelectual o de la contemporización con el poder desviaran a la Comisión en este único viaje hacia un relato que haga justicia y repare el do-

Esos fantasmas también forman parte de su invaluable legado.

Un periodista contra el silencio

Por Ginna Morelo

Editora de La Liga Contra el Silencio, un proyecto de periodismo investigativo y colaborativo de la Fundación para la Libertad de Prensa

char. Lo hacía para conocer por medio del hombre sencillo aquello que el poderoso callaba. Podía sentarse a oír los relatos de los campesinos y dotar a esas voces de poder y brillo en territorios del país dominados por la censura. Los testimonios que recogió en sus andanzas por Colombia fueron el retrato de las regiones que, solo años después, en

sus Cartografías de la información, la Fun-

dación para la Libertad de Prensa (Flip)

caracterizó como "zonas del silencio".

Guaviare. Los viajes de Molano fueron una fotografía de ese departamento, a cuyos colonizadores dedicó el libro Selva adentro. Los campesinos cuentan cómo llegaron a una tierra abandonada por el Estado desde la cruenta bonanza del caucho. Según Cartografías de la información, en ese departamento hoy el 42 % de la población vive sin medios de comunicación, y el único lugar que los tiene, San José, los acoge tímidamente. El pasado 31 de octubre se cumplieron treinta años de la Reserva Nacional Natural Nukak y del Parque Nacional Serranía de Chiribiquete. Por invitación de Parques Nacionales, científicos, conservacionistas y campesinos se reunieron allá para conmemorar la fecha. Esa mañana, la primera actividad fue hacer un minuto de silencio por Molano, el hombre que los escuchó y les dio un lugar en su obra.

Huila. Fue el lugar donde Molano encontró su voz. El sociólogo Alejandro Reyes cuenta: "Trabajábamos en el Cinep y fuimos a investigar el éxodo masivo de El Pato. Recuerdo que la cancha de Neiva estaba atestada de desplazados y Alfredo se sentó a entrevistar a Sofía Espinosa, una señora mayor. Grabamos por quince horas y luego, al regresar a Bogotá, él, en una alucinada tremenda, escribió por ocho días. Así publicamos Los bombardeos en El Pato. El libro narra el asalto militar a esa región del Huila en 1979 y fue el primero escrito en ese estilo de coherencia testimonial que se convirtió en su impronta. No contaba la historia de lo que pasó, sino su versión a través de los testimonios". Hasta hoy Huila lucha por contarse en medios locales y comunitarios, pero, según

ALFREDO MOLANO SABÍA escula Flip, el 23 % de la población vive en zonas sin medios.

> El Sinú. A la pregunta sobre cuándo Molano decidió conjugarse con el territorio, desentrañar las voces silenciadas de la inconformidad. el editor Jorge Cardona dice que fue cuando, recién graduado de la universidad, Héctor Abad Gómez lo llevó al Alto Sinú y lo puso a escuchar las memorias de los campesinos de Córdoba y Sucre, departamentos atravesados por todos los conflictos y envueltos hasta hoy en el miedo a informar. Cardona dice que allá "entendió que ese era su destino". Reyes recuerda que, muchos años después, precisamente del Sinú salieron las primeras amenazas de los paramilitares en su contra. "A Alfredo no le tembló la voz para denunciar lo que estaba mal y por ello lo obligaron a vivir un exilio intermitente por muchos años".

> El Pacífico. "Molano nunca dejó de andar (...) y sus reportajes condensados en De río en río responden a ese querer explicarlo todo desde la geografia", cuenta Cardona. Es un paisaje de dolores desde las riberas del Pacífico, armado a partir de las voces de hombres y mujeres afros, atropellados por conflictos de los que poco se habla. Como me dijo una vez el músico y líder comunitario tumaqueño Gustavo Colorado, "aquí se sobrevive, no se habla". Molano habló. Molano describió la desigualdad desde la frontera con Ecuador hasta la de Panamá. Molano reveló una región con una libertad de expresión constreñida.

> El Llano. Es el protagonista de Del Llano llano, un libro hondo y rudo sobre la Orinoquia y la Amazonia, que son la mitad del país. Molano recorrió el Llano toda su vida y le dedicó largos periodos de estudio en sus últimos años, como comisionado de la Comisión de la Verdad. Ese Llano, carente de medios locales que cuenten sus realidades, aparece hoy en rojo en las Cartografías de información de la Flip. A lomo de mula v en tenis, Molano estuvo donde pocos se han atrevido a ir: en lugares donde el miedo imperante aplasta las historias que hay por contar. Su obra es el coro de quienes rompie-

Allá en la perraperdía

Por Mario Jursich

Editor y columnista de ARCADIA. Fue director de la revista Fl Malpensante, v ha sido docente v traductor.

A ESTAS ALTURAS es inútil, además de bochornoso, postular que Alfredo Molano es un escritor que "nadie sabe dónde poner". Puede que para algunos lectores la crítica nó y fue uno de sus más connotados consista en meter las obras en casillas predeterminadas y les cause ansiedad no poder definir si libros como Los años del tropel, Selva adentro o Siguiendo el corte son "historia", o "socio- vidadas voces de una Colombia en la logía", o "literatura". Sin embargo, es mucho más fructífero asumir que Molano, como todo autor de fuste, la gente no se reúne, sino que "hace creó la propia casilla donde quería ser cuadrilla"; en vez de tomar trago, "se ubicado. De allí que convenga leerlo a la luz de sus propios objetivos, no con arreglo a un sistema exterior de queda un sitio, exclaman "¡allá en de principios.

En su caso, lo anterior implica tomarnos en serio, y sopesar con cuidado, que es un autor de registro híbrido. Por coquetería, y por sentir que había seguido una trayectoria muy personal, Molano evitaba hablar de quienes lo habían influido y de su trastien- debían cumplir los intelectuales: da intelectual. Eso, sin embargo, no impide ver los muchos nexos que lo unen con la historia anglosajona de es ciego, sordo y mudo, no nos quelos años sesenta, en particular con E. P. Thompson, el autor de La forma-comodidad de los Andes, internarción de la clase obrera en Inglaterra. Thompson fue el introductor de

la llamada "historia desde abajo", una óptica de estudio que en princi- nos sus habitantes. pio se enfocó en la clase trabajadora, pero que pronto amplió sus intereses a los grupos considerados marginados, como las mujeres, los estudiantes o los soldados rasos. Tengo la distinguir lo que es suyo y lo que impresión de que Molano encontró es de los entrevistados. El reproen los libros del historiador inglés, más que un método, un espíritu que le permitió entender tanto su rebe- un autor que "seguía el corte" de lión frente a la academia francesa en José Eustasio Rivera y sus esfuerzos que se había formado como que su por poner en entredicho las difeobjeto de estudio debían ser los colonizadores, los desterrados, los per- tre literatura y etnografía, y -cómo seguidos políticos –esto es: la gente pobre expulsada por la violencia y respecto se pueden tener objecioobligada a buscarse la vida en los extramuros del país-.

mezcló las lecciones aprendidas en los rábola de Pablo de Alonso Salazar y libros del boom latinoamericano, sobre todo en los de Juan Rulfo. En El Braun- ya está sólidamente establellano en llamas y Pedro Páramo Molano cida en nuestra narrativa.

encontró técnicas para dotar a la prosa escrita de un tono oral, pero también un gusto por el vocabulario de las clases populares que nunca lo abandorasgos de estilo. Varios de sus libros tienen glosarios al final, tal como se acostumbraba en las primeras décadas del siglo XX, que recogen las olque todavía pueden oírse ecos de la conquista española. En sus crónicas fondea a beber"; navega en "falcas", no en lanchas, y cuando ignoran dónla perraperdía!"

En los agradecimientos de Trochas y fusiles, hay una frase que no solo resume a la perfección el modo en que Molano combinó la doble influencia de Thompson y Rulfo, sino también el papel que a sus ojos "Escuchar es una manera olvidada de mirar". Si el Estado -pensaba élda más remedio que abandonar la nos en esa Colombia a la que no llega nada, excepto la guerra, y oír con atención lo que tengan para decir-

A menudo se ha insinuado que las transcripciones hechas por Molano de esos testimonios son "problemáticas" y que en ellas cuesta che pasa por alto que él era, de manera extremadamente consciente, rencias entre mito e historia, enno- entre documento y ficción. Al nes; lo complejo es negar que esa tradición -tal como lo demues-A ese primer y decisivo influjo tran, además de La vorágine, La pa-La nación sentida de Herbert "Tico

El cronista de la intuición

Periodista, profesora titular de la Universidad de Antioquia y directora de la Editorial Universidad de Antioquia y del proyecto Hacemos Memoria.

LA OBRA DE ALFREDO Molano es imprescindible para el periodismo colombiano. Su contundencia transformó el objeto, las metodologías y las estructuras narrativas del oficio. Cuando cese la borrasca de palabras propias de esta época convulsa, podremos volver la mirada a la obra de quien cambió el periodismo con la fuerza de la intuición.

Su descubrimiento puede ubicarse en 1977, cuando viajó, como investigador de asuntos sociales, a documentar el éxodo de decenas de familias campesinas amontonadas en un estadio. Tras horas de trabajo de campo se hacía más intensa su frustración por no encontrar una forma expresiva para dar cuenta de aquel acontecimiento. "El milagro se produjo: encontré la voz, el tono, el color, el lenguaje, en una anestudiantes de periodismo de la Universidad de Antioquia-. Esa mujer me habló con una intensidad, con una certeza de su razón v con un dolor que todavía tengo presentes. Todas las denuncias se condensaron en su mirada. Regresé a escribir como si ella me dictara. Salió de un solo tirón".

Su encuentro con Sofía Espinosa, la mujer del albergue, detonó un periodismo con sello personal acotado en su objeto, método y narrativa. Al recibir el Premio Simón Bolívar a la vida y obra en 2016, precisó ese objeto: "Escribí buscando los adentros de la gente en sus afueras, en sus padecimientos, su valor, sus ilusiones. Borraba más que escribía, hurgaba, rebuscaba el acorde de las sensaciones que vivía la gente con las que yo mismo llevaba cargadas en un morral. Un río crecido, una noche oscura, un jadeo debajo del aguacero que golpea un techo de zinc, el terror de oír armas en las sombras eran caminos por donde entraba la vida que se jugaba en las selvas y por donde llegaba su soplo a mis letras. Creo que solo ahí, en el acecho, en el peligro, en el miedo aparecía el reclamo de justicia que vo buscaba para contarlo"

Distante de los métodos positivistas, Molano llegó a esas honduras del sufrimiento con la escucha compasiva.

Con esa inmersión, cientos de personajes no vistos por los académicos ni por los periodistas emergieron ante un país confinado informativamente a las ciudades.

Tras su encuentro con Sofia Espinosa, Molano viajó a Cundinamarca y al Valle del Cauca y luego a los Llanos Orientales y a la Amazonia. Por los ríos Ariari y Guayabero consiguió cientos de páginas de testimonios de hombres y mujeres impactados por la violencia, capaces de contar cómo ocurrió aquello que cambió sus paisajes y cómo, después del horror, reinventaron la vida. Convencido de que el relato vívido ofrece los recursos para contar y reflexionar sobre los procesos vivos y sus paisajes. Molano optó por la oralidad como fuente de información y de vitalidad poética para su literatuciana llena de fuerza -contó Molano a ra de la vida real, que no es otra cosa que periodismo con alta calidad estética. Su obra es un gran fresco que retrata la vida rural v sus dramas.

> A Orlando Fals Borda, uno de los pioneros de la sociología en Colombia, le inquietó en algún tiempo que la obra de Molano no encajara en ninguna de las ciencias sociales. Pronto dejó esa preocupación académica por carecer de sentido práctico y se ocupó de analizar cómo Molano resolvió sus dilemas narrativos. Fals Borda llamó "imputación" a la técnica de Molano que funciona así: de un conjunto de entrevistas se selecciona información confiable que permita reconstruir un hecho; el relato resultante de varios testimonios se adscribe a un personaje que el investigador elige para convertirlo en vocero del coro.

> Es lógico que de esa reportería inventada surgiera una nueva forma narrativa en Colombia: una crónica extraña, exótica, de malos modales, advenediza, no canónica que pone en jaque los estilos y los géneros del lenguaje periodístico y, al mismo tiempo, un relato mestizo que encaja en el corazón de los protagonistas que lo enuncian y que interesa a miles de lectores por la tremenda sinceridad de lo contado: ese relato que, como dijo el mismo Molano, es la condensación de todas las denuncias en una voz.



Crónicas de la violencia Transgrediendo los hábitos del relato nacional, Molano captura el periodo

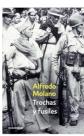
oor medio de siete

Los años del tropel.

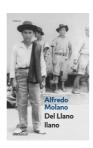


Entre la coca v el oro 7 sin presencia del Estado cobran vida en este libro a través ecogidos en viajes

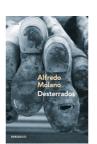
Aguas arriba.



Trochas y fusiles Un retrato detallado de la vida interna de la guerrilla de las Farc desde los relatos de sus



Del Llano llano Seis historias sobre colonización abandono en



Este libro aborda la tragedia del desplazamiento en Colombia, de aquellas n su propio país"



Ahí les dejo esos fierros 2009 Seis testimonio de mujeres que cuentan cómo la guerra y la violencia les desgarraror



A lomo de mula Este libro el origen de la guerrilla de las Farc

on sus fundadores



De río en río Molano lleva al lector a un viaie por la geografía el tiempo y las de la región del Pacífico



"No podemos seguir viviendo en la zozobra, en la parálisis, en la oscuridad del miedo"

 $Esta\ revista\ especial\ fue\ enviada\ a\ periodistas\ y\ a\ l\'ideres\ pol\'iticos, sociales\ y\ econ\'omicos\ en\ todo\ el\ pa\'is.\ Su\ producci\'on\ fue\ posible\ gracias\ a\ una\ alianza\ entre\ ARCADIA\ y\ estas\ organizaciones:$











